

EDWARD LEE PLUMB, AMIGO DE MÉXICO

Frank A. KNAPP, JR.

PARECE QUE LA HISTORIA no se acuerda mucho de los hombres que dividen sus energías entre dos países. Edward Lee Plumb, que compartió sus años, sus intereses y sus actividades entre México y los Estados Unidos, es un buen ejemplo de ello. Plumb mantuvo estrechas relaciones con los más sobresalientes políticos y hombres de empresa en ambas naciones y desempeñó funciones de carácter muy variado, lo mismo en los negocios que en la diplomacia; su fascinante vida es un hilo novelesco que corre de un lado a otro a través de cuatro décadas en la historia de las dos naciones vecinas. Su biografía ha quedado relegada a oscuras referencias en algunos libros de historia, y no ha merecido ni un párrafo en el famoso *Dictionary of American biography*; pero el aspecto mexicano de esa vida merece una reconstrucción, no sólo por el interés que tiene de suyo, sino también por su importancia para la evolución económica de México. Las notas manuscritas de Plumb, sus relatos, su correspondencia y sus despachos constituyen un vívido panorama de los hombres, los lugares y los acontecimientos de dicho país durante gran parte de la segunda mitad del siglo XIX; esa rica colección de documentos personales nos muestra a un norteamericano observador cuya simpatía por México maduró y se ahondó con sus años de experiencia.

Edward Lee Plumb nació en Nueva York en marzo de 1826; su padre era un *whig* acérrimo y anti-esclavista. Edward, *whig* al principio y buen republicano más tarde, pasó sus primeros años en Hartford (Connecticut) y en Buffalo (Nueva York) trabajando para algunas empresas comerciales y sometándose al aprendizaje ortodoxo del término medio de la juventud yanqui con aspiraciones de buen éxito en los nego-

cios. Varias cartas de recomendación —documentos un tanto parciales, por supuesto— nos lo pintan como muchacho enérgico, honrado e industrioso que ha mostrado notable inteligencia comercial a pesar de sus pocos años.¹

En 1849, cuando aún no cumplía veinticinco años, Plumb cortó sus lazos con el Este y se trasladó a California, quizá para tentar fortuna como buscador de oro. Después de establecerse en San Francisco, donde instaló una empresa mercantil, solicitó en 1851 un puesto de cónsul en Acapulco o en Tehuantepec, de preferencia en esta última población, que por esos días no contaba con ningún funcionario consular norteamericano.² Posiblemente contribuyeron a despertar ese interés los cuentos que corrían sobre las fabulosas riquezas de México, las conjeturas acerca del porvenir comercial de Tehuantepec gracias a la apertura de una ruta más breve a California a través del Istmo —hay que observar que Plumb había tenido que dar la vuelta al Cabo de Hornos para dirigirse de Nueva York a California, viaje del cual nos dejó un relato fragmentario—,³ o bien su pronto espíritu imaginativo y aventurero. En resumidas cuentas, no consiguió que le dieran el nombramiento, pero el destino lo mantuvo siempre sujeto a la atracción magnética de la tierra mexicana.

LAS HUELLAS DOCUMENTALES de los tres años siguientes de la vida de Plumb son escasas. Lo importante es que estuvo en México desde 1854 hasta 1857, y que en este lapso conoció a fondo el país que había de seducirlo como con un hechizo. Sin embargo, no tuvo esta iniciación en calidad de funcionario diplomático, sino que, gracias a sus antecedentes en el campo de los negocios, vino como agente de una compañía minera norteamericana, la Mexican Pacific Coal and Iron Mining and Land Company; para ella obtuvo, en 1854, una concesión otorgada por la dictadura de Santa-Anna y confirmada luego por el gobierno revolucionario de Ignacio Comonfort.

La significación de esta fase de la vida mexicana de Plumb no puede resumirse fácilmente en pocas palabras. Hablando en términos estadísticos, diremos que recorrió miles de kiló-

metros a través de varios Estados, sobre todo Guerrero, Michoacán, Colima, Puebla y México (que en esos tiempos incluía todavía los actuales Estados de Hidalgo y Morelos), a la cabeza de una expedición exploradora encargada de localizar yacimientos minerales para dicha compañía; además, trató directamente con ciertos políticos que luego se contarían entre los más famosos caudillos liberales de México, como Miguel Lerdo de Tejada, Juan Álvarez, Ignacio Comonfort y otros. En pocas palabras, se inició durante esos años en los problemas del extranjero a quien se ha encomendado la tarea de negociar, obtener y manejar una concesión gubernamental en medio de condiciones caóticas. El celo de Plumb, que le hizo salir victorioso de toda clase de dificultades —incluso la falta de apoyo financiero de su compañía—, puede juzgarse sólo a la luz histórica del período: los años 1854-1857 fueron el punto de entronque entre la dictadura final de Santa-Anna y la primera y violenta efervescencia de una gran época revolucionaria. Si se consideran los peligros y decepciones a que forzosamente tenía que enfrentarse por entonces un agente de negocios extranjero, poca imaginación hace falta para suponer que un hombre común y corriente, después de tres infructuosos años de gestiones y contratiempos, hubiera desistido definitivamente de una empresa tan desesperada. Pero Edward Lee Plumb no era un hombre común y corriente. Para él, eso era apenas el comienzo.⁴

Aunque Plumb siguió vinculado con los negocios de la Mexican Pacific Company hasta algún tiempo más tarde, su siguiente campo de actividades fue de carácter cuasi-diplomático. En 1860 se trasladó a Veracruz, como representante de una institución bancaria de Nueva York, “para arreglar el manejo de los cuatro millones de dólares que los Estados Unidos habrían de pagar a México en virtud del Tratado McLane”.⁵ En 1861 y en los años sucesivos trabajó como empleado en la legación norteamericana en México desempeñando cargos diversos, como los de traductor o intérprete, nombramientos que indican cuánto había progresado en su conocimiento del español desde su primera experiencia mexicana.⁶ No es muy clara la índole exacta de sus

obligaciones, aunque él mismo recordó en alguna ocasión haber estado "conectado con la legación de los Estados Unidos en México en 1861".⁷ A propósito de este mismo período, Plumb mencionó en otra oportunidad el hecho de haber recibido del Departamento de Estado ciertas instrucciones relativas a la deuda exterior de México: "Inmediatamente comencé una cuidadosa investigación para calcular de la manera más aproximada posible cuál podría ser el monto de la deuda extranjera de ese país."⁸ Por lo menos, sus responsabilidades, de índole tan variada, le sirvieron de excelente introducción a las cuestiones públicas de México.

Plumb regresó a los Estados Unidos durante la Intervención francesa, pero ello no le impidió seguir siempre atento a los azares de la política mexicana. Republicano hasta la médula de los huesos y asociado con los liberales mexicanos de la Revolución de Ayutla, apoyó al gobierno de Juárez con un entusiasmo apenas igualado por su enemistad contra el imperio de Maximiliano. No sólo se mantuvo constantemente en relación con Matías Romero, embajador de México en Washington,⁹ sino que en algunas ocasiones dio consejo —tal vez sin que se le pidiera— a Juárez o a su secretario de Gobernación, Sebastián Lerdo de Tejada, establecido entonces en Chihuahua.

Gran parte de esa correspondencia se refería a la inseguridad financiera del régimen de Juárez y a la mejor manera de conseguir la ayuda norteamericana, teniendo en cuenta la política neutral que sostenía el secretario de Estado, William H. Seward. Pero, de hecho, Plumb se ocupó de gran número de problemas mexicanos. Cuando el general Jesús González Ortega lanzó su candidatura a la presidencia, Plumb instó a Juárez a permanecer en su cargo, que "tan valiente, tan cuerda, tan digna, tan patrióticamente y con tan rara constancia y tan intachable integridad ha desempeñado". Y añade en esa carta a Juárez: "Hace algunas semanas tuve una larga conversación sobre este particular con su viejo amigo y gran admirador, el honorable Robert McLane", cuyas opiniones eran "precisamente" las mismas.¹⁰

En otra oportunidad avisaba al gobierno mexicano de los

efectos de la propaganda imperialista en los Estados Unidos: “Los agentes de Maximiliano, aquí, en Europa y en México, propalan ruinmente la impresión de que se están realizando maravillas en México, en forma de mejoras internas, ferrocarriles, líneas marítimas, escuelas, etc., etc.”¹¹ En todo ese tiempo, Plumb manejó diligentemente la pluma para influir en la opinión pública norteamericana en pro del gobierno liberal de Juárez.

GRACIAS A SUS EXTENSOS VIAJES por México, a su observación directa de las condiciones del país, a su completo dominio del español, a su pequeña experiencia diplomática, a su constante estudio de los problemas mexicanos y a sus fuertes lazos políticos en ambos países, Plumb era un excelente candidato para el puesto de secretario de la legación norteamericana en México, y lo fue en efecto por un breve lapso, en 1866-1867. No es raro que muchos lo consideraran no sólo como una de las personas mejor informadas en los Estados Unidos acerca de tales asuntos, sino también como una de las más aceptables para la administración mexicana. Así, un amigo de Plumb escribía al Secretario de Estado norteamericano:

Fuera del Departamento de Estado, no hay en este país ningún hombre cuyo conocimiento de nuestras relaciones con México y de las condiciones internas de esa nación pueda compararse con el del señor Plumb. Desde el primer embate de la intervención tripartita, ha empleado su pluma con habilidad y celo, redactando artículos para los principales periódicos de esta ciudad, y en todos ellos... respaldó constantemente la política de usted. Yo he leído la mayor parte de esos artículos en manuscrito, antes de que él les diera la última mano, y conozco la amplitud de sus esfuerzos en ese sentido.¹²

Juicios muy semejantes expresan otras personas, por ejemplo Lewis D. Campbell, nombrado embajador en México durante el mismo breve lapso (1866-1867), y a cuyas órdenes había de trabajar Plumb. Campbell estaba más que deseoso de tener a Plumb como secretario: “El señor Hunter, funcionario del Departamento de Estado, me ha dicho que no conoce a ningún hombre mejor calificado”; y añadía su propia opinión: “No

he encontrado a nadie que parezca entender los asuntos mexicanos mejor que él." ¹³

El gobierno de Juárez tenía que atender por entonces a acontecimientos tan trascendentales como la retirada de los franceses, la derrota de Maximiliano, su proceso y fusilamiento y las últimas jornadas de la peregrinación de regreso a México desde Chihuahua y San Luis Potosí. Era imposible, pues, restablecer unas relaciones diplomáticas normales. En consecuencia, el nombramiento de Plumb no se tradujo en ninguna actividad concreta, y el embajador Campbell estuvo vegetando en Nueva Orleans casi todo el tiempo. No obstante, Plumb acompañó a fines de 1866 al general W. T. Sherman en una misión especial a Veracruz para negociar el regreso del régimen republicano a la capital y la salida de las tropas francesas, misión que resultó fructuosa cuando se supo que Maximiliano había revocado su decisión de abdicar. La excursión debe de haber sido interesante, y a su regreso a Nueva Orleans visitó Plumb al general Mariano Escobedo en Matamoros.¹⁴

El siguiente peldaño fue el más alto en la escala "diplomática" de Plumb. Durante un año y medio (1867-1868) desempeñó el puesto de encargado de negocios de los Estados Unidos en México, y fue el decano del escaso cuerpo diplomático en la recién recuperada capital.¹⁵ Por desgracia, esta misión fue demasiado corta, pues, debido sin duda a un cambio de presidente en los Estados Unidos, Plumb fue sustituido muy pronto por el general William S. Rosecrans, a quien se envió con el cargo de embajador. Por su parte, el gobierno de Juárez se hallaba demasiado abrumado por los tremendos problemas internos que siguieron a la caída del segundo imperio, y, desvinculado de todas las naciones importantes de Europa occidental, no dedicaba mucha atención a las relaciones diplomáticas. El general Rosecrans, que sería más tarde rival de Plumb en la competencia por establecer los ferrocarriles mexicanos, era un hombre pagado de sí mismo, impaciente e impetuoso, con experiencia militar pero sin preparación diplomática. Si en el puesto hubiera seguido alguien dotado de las cualidades y los antecedentes de Plumb,

no es arriesgado suponer que durante ese período se habrían suavizado algunos de los puntos de fricción en las relaciones entre México y los Estados Unidos.

Aunque no ocurrieron cosas verdaderamente importantes en el tiempo en que Plumb fue encargado de negocios, sus despachos revelan una sincera simpatía por el pueblo mexicano y por los problemas internos que acosaban a la República Restaurada desde todos los puntos: revoluciones, hacienda pública, castigo de los colaboradores del Imperio, etc. Plumb supo trabar relaciones amistosas con los principales políticos mexicanos, y sugerir con mucho tacto las opiniones y deseos de su gobierno, disipando cualquier impresión de estar interviniendo en los asuntos nacionales, "cosa en que ellos son muy susceptibles".¹⁶

Gracias a su experiencia y buen ojo en el campo de los negocios, Plumb vio que el déficit financiero era la base de muchos problemas mexicanos, y no el partido que estaba en el poder, ni la forma de gobierno, ni ninguna otra de las causas estereotipadas a que se achacaban los males del país. Así, en uno de sus informes al Departamento de Estado dice: "Todo el dinero que pueda reunir este gobierno, hasta el último centavo, y más aún, se necesita y se necesitará durante algún tiempo para una tarea que dista de haberse completado: el restablecimiento y mantenimiento del orden público." Mientras no se instalara un adecuado sistema de ingresos, mientras no se abrogaran las restricciones comerciales y se garantizara la paz pública, los recursos hacendarios de la administración mexicana serían insuficientes "para los gastos mismos de su existencia y para esas necesidades más urgentes que todo gobierno debe liquidar íntegramente".¹⁷

Paciencia y comprensión de las condiciones reinantes: tal era el leitmotiv de los informes de Plumb. Elogiaba sin reservas la fuerza y la integridad del régimen constitucional mexicano, condenaba las revueltas de los primeros años de la Restauración, justificaba los procesos y encomiaba la solidez del gobierno juarista frente a una oposición molesta y destructora. Insistía en que los pronunciamientos debían ser condenados severamente por todos los países extranjeros:

“Hay que prestar apoyo a las autoridades constitucionales y, en la medida en que ello sea legalmente factible, ayudarlas a reprimir todos esos movimientos.” Comprendía con gran claridad el dilema en que se hallaban los políticos mexicanos; lejos de haber razón para condenar los procesos entablados contra los enemigos de la República, era preciso respaldar moralmente a Juárez.¹⁸

La misión de Plumb como encargado de negocios, aunque tan breve, presenta un marcadísimo contraste con la actitud de su sucesor Rosecrans, quien se enemistó con los principales miembros del gabinete de Juárez, prestó ayuda al partido de la oposición, se mezcló en cuestiones religiosas y envió a Washington un presuntuoso programa con el cual pretendía salvar a México a pesar de los mexicanos.¹⁹

TERMINADAS SUS FUNCIONES, Plumb quedó otra vez sin una conexión directa con los asuntos mexicanos. No tardó en ser nombrado cónsul general en la Habana, cargo que se le confió inesperadamente en 1869. De todos modos, no dejó de manifestar su buena voluntad para con el gobierno de Juárez, poniéndose cortésmente a sus órdenes en esa nueva misión diplomática.²⁰ Tampoco duraron mucho sus servicios en Cuba, y, de vuelta en los Estados Unidos, comenzó a dedicarse a su tarea más importante desde el punto de vista de la evolución económica de México: los proyectos de construcción de ferrocarriles. Sin embargo, una interesante faceta de su ambición política estuvo en un tris de apartarlo definitivamente de su destino. En efecto, en 1871 solicitó que se le nombrara gobernador del Territorio de Nuevo México, alegando como méritos —cosa curiosa— sus afortunadas gestiones en México y en Cuba; y, por supuesto, pensaba en la numerosa e influyente población de habla española de la región.²¹

Por una rara coincidencia, a las dos semanas de haber mandado Plumb esa solicitud, J. Sanford Barnes, presidente del International Railroad of Texas, inició tratos con él a propósito del ferrocarril que la compañía tenía intenciones de fundar en México; en septiembre del mismo año quedó Plumb contratado como agente, y no tardó en trasladarse

a México para iniciar sus complicados esfuerzos —o maquinaciones— a fin de obtener una concesión del gobierno. Se trataba de tender dos vías férreas, una desde la capital de México hasta la frontera del Norte y otra desde esa misma ciudad hasta la costa del Pacífico.

No es nuestro propósito contar aquí las actividades de Plumb en México entre los años 1871 y 1876, pues ya lo hemos hecho en otro lugar.²² Pero podemos resumirlas diciendo que fueron un fascinante drama de carácter económico en los albores de la era del ferrocarril en México; años de constantes entrevistas con los más importantes funcionarios mexicanos, de campañas de propaganda en la prensa, de esperas y regateos en la Cámara de Diputados, de encarnizada competencia con otros empresarios ferrocarrileros de los Estados Unidos en México, como el general Rosecrans, el general William Palmer (del Denver & Rio Grande Railroad), James Sullivan y otros. A pesar de las dilaciones, a pesar de no pocos exasperantes contratiempos, Plumb conservó siempre su compostura, su paciencia, su tenaz perseverancia. No sin razón se le ha llamado el más hábil de los agentes norteamericanos durante este “periodo precursor” de los ferrocarriles mexicanos.

Sin embargo, es imposible hacer una síntesis del drama; para saber lo que fue esa reñida batalla es preciso estudiar directamente la correspondencia de Plumb y las huellas impresas de su ilimitada energía: los editoriales y caricaturas de periódicos mexicanos como *El Siglo XIX*, el *Diario Oficial*, *El Monitor Republicano*, *La Orquesta* y *El Ahuizote*, los informes oficiales del Secretario de Fomento, las columnas del *Diario de Debates* y los despachos de los embajadores norteamericanos en México.

Cierto es que Plumb, como muchos otros hombres de su tiempo, tuvo que enfrentarse finalmente a la derrota; pero, en un sentido, él fue la excepción de la regla. Después de eliminar por un tiempo a sus competidores y de vencer asimismo la resistencia anti-extranjera del gobierno mexicano, a cuyo frente se hallaba Lerdo de Tejada, obtuvo en favor del International Railroad of Texas, en junio de 1875, una

concesión para tender una línea de León a la frontera del Norte, cerca de Laredo. John W. Foster, a la sazón embajador de los Estados Unidos en México, observó a ese propósito: "El presente contrato es la primera autorización definitiva y completa que otorga este gobierno para construir un ferrocarril desde el interior de la República y hacer un entronque con el sistema ferroviario de los Estados Unidos."²³ Fue indudablemente una señalada victoria (aunque la concesión haya sido anulada en 1877 a raíz del triunfo de la revolución de Porfirio Díaz), y también un verdadero hito en el desarrollo ferrocarrilero, un capítulo importantísimo de la historia mexicana durante la segunda mitad del siglo XIX.

Aunque estos esfuerzos de Plumb se concentraron durante los años 1871-1876, también tuvo que ver, algunos años más tarde, en un afortunado proyecto. En 1882 fue nombrado director y vicepresidente del Mexican International Railroad, absorbido luego por los intereses del Southern Pacific, y que con el tiempo llegó a tender una línea desde Piedras Negras hasta la capital.²⁴ Plumb siguió como funcionario de esa compañía hasta que se retiró en julio de 1889.²⁵

Este patriarca de la experiencia práctica fue siempre una magnífica fuente de información, y mantuvo una activa correspondencia acerca de los progresos ferrocarrileros de México. Por ejemplo, parece que John W. Foster, cuando era embajador de los Estados Unidos en la corte rusa, dependía de su viejo amigo Plumb para estar al corriente de las cosas que se hacían, y en 1881 le escribía desde San Petersburgo:

He observado con bastante interés la fiebre que hay en los Estados Unidos por construir ferrocarriles en México. Yo contaba ya con un razonable aumento de entusiasmo, puesto que nuestro desenvolvimiento en tal dirección ha sido siempre una idea popular en los Estados Unidos; pero esa fiebre que ahora hace estragos sólo me la puedo explicar por el exceso de dinero en manos de los capitalistas, a lo cual se añaden las exageradas noticias que circulan sobre las riquezas de México.²⁶

Unos dos meses después, Foster volvía a escribir a Plumb criticando al ex presidente Grant por sus especulaciones en los proyectos ferroviarios mexicanos, y extendiéndose sobre los

aspectos generales del mismo asunto.²⁷ Lo curioso es que, no bien había abierto Plumb esa carta de Foster, recibía una nota en que el propio general Grant, presidente de la Mexican Southern Railroad Company, le expresaba su agradecimiento por unos informes que Plumb le había suministrado acerca de cierto puerto natural situado en la costa oaxaqueña del Pacífico.²⁸

Otro interesante corresponsal de Plumb era un antiguo camarada suyo en los negocios ferrocarrileros de México, un ingeniero llamado Robert B. Gorsuch; éste había conocido a Plumb en México hacia 1857, había ayudado a tender una de las primeras vías férreas, la de la capital a la Villa de Guadalupe, y había consagrado gran parte de su vida a las empresas ferroviarias en México.²⁹ Los dos norteamericanos se habían hecho íntimos amigos, sobre todo después de más de siete años de asociación en la Mexican International Railroad Company (cuyo ingeniero en jefe era Gorsuch), a lo cual se añadía "el recuerdo de un cuarto de siglo anterior de amistad en una tierra extranjera".³⁰ Inmediatamente después de retirarse de esa compañía,³¹ y poco antes del retiro de Plumb, Gorsuch escribía a su viejo amigo con cierto toque de sentimentalismo: "Hemos estado muy cerca uno de otro durante treinta y tres años y medio; conservemos nuestras relaciones amistosas hasta el final."³²

Tampoco se había despedido Plumb de los negocios mineros en México cuando terminó la misión exploradora que le había confiado la Mexican Pacific Coal and Iron Mining and Land Company en 1857, si bien la conexión que tuvo más tarde fue radicalmente distinta. En efecto, en 1888 recibió la suma de 18,000 dólares en pago de servicios jurídicos prestados entre 1886 y 1887 en un litigio cuyo objeto eran dos empresas mineras del Norte de México, la Alamo Coal Company y la Coahuila Coal Company, ambas controladas por norteamericanos.³³ Una faceta más de las ya fabulosas aventuras mexicanas de un ciudadano de los Estados Unidos.

PODRÁ HABER ALCÚN DESACUERDO en cuanto a la significación general de Plumb como personalidad de relieve en la historia

económica de México, pero sería imposible negar ciertos rasgos de su vida. Como promotor de las inversiones norteamericanas en los ferrocarriles mexicanos tiene su puesto entre los primeros de un numeroso grupo de precursores, y ninguna historia de las vías férreas de México, por sumaria que sea, puede pasar por alto su contribución. Como diplomático, su papel fue variado, intermitente y fragmentario, pero pocos norteamericanos representaron a su país en México con tan excelente preparación: dominio del idioma castellano, amplias conexiones políticas tanto en México como en los Estados Unidos, conocimiento de la situación mexicana y sincera simpatía por los problemas de la época. Finalmente, fue un observador excepcional del progreso de su patria adoptiva: pocos extranjeros habían conocido directamente a tantos y a tan prominentes estadistas, desde la Revolución de Ayutla hasta los primeros años del Porfiriato, y poquísimos habían presenciado como él la transformación de México, al principio un país de caminos malos y peligrosos, atravesado por destaraladas diligencias, y luego una nación cubierta por una red bastante buena de vías férreas.

En todo caso, el historiador que se sumerge en el estudio de la correspondencia, los libros de apuntes y los papeles diversos que forman el archivo de Edward Lee Plumb no puede menos de sentirse recompensado por los ricos e iluminadores materiales que encuentra en una fuente relativamente virgen; y tiene que ver con interés cada vez mayor esa vida aventurera, cuyos materiales resultan tan adecuados para una novela como para un relato histórico.

NOTAS

1 Haven a Millard Fillmore, presidente de los Estados Unidos (Buffalo, Nueva York, marzo 28 de 1851); Jasen Parker y otros a Millard Fillmore (Buffalo, marzo 30 de 1851); Ralph Plumb a N. K. Hall (Gowanda, Nueva York, marzo 24 de 1851); A. J. Rich a Millard Fillmore (Buffalo, marzo 28 de 1851); G. R. Malbudge a N. K. Hall (Buffalo, marzo 27 de 1851), todo ello entre los *Appointment Papers of Edward L. Plumb* (mss.), Department of State, The National Archives, Washington, D. C. (abreviaremos en adelante A. U. S.). Ralph Plumb declaraba en la carta

acerca de su sobrino: "En lo político es *whig*, y adversario decidido de la agitación abolicionista." Hemos calculado la fecha de nacimiento de Plumb de acuerdo con una declaración de su íntimo amigo Robert B. Gorsuch, que residió muchos años en México y estuvo relacionado con la construcción de ferrocarriles. Véase una carta de R. B. Gorsuch a Plumb (México, junio 2 de 1889), en *The Papers of Edward L. Plumb* (mss., 14 volúmenes), XIV, Division of Manuscripts, Library of Congress, Washington, D. C. (los designaremos en adelante *Plumb Papers*). Además de los catorce volúmenes de correspondencia encuadrada, el archivo de Plumb comprende varios cajones y libros de apuntes y de borradores.

² Además de las cartas citadas en la nota anterior, véase la de I. McDougal a Millard Fillmore (San José, California, febrero 14 de 1851) y la de M. R. Miller al mismo (San Francisco, también febrero 14 de 1851), en los *Appointment Papers of Edward L. Plumb*, A. U. S.

³ El diario manuscrito de una parte de ese viaje de Plumb se encuentra entre los *Plumb Papers*.

⁴ En el artículo de David M. PLETCHER, "A prospecting expedition across central Mexico, 1856-1857", *The Pacific Historical Review*, 21 (1952), 22-41, pueden encontrarse algunos detalles sobre las aventuras exploradoras de Plumb. Además de la correspondencia que mantuvo acerca de este particular (véanse los *Plumb Papers*, II-IV), Plumb escribió un detallado informe de sus actividades, que tiene un lugar aparte en el mismo archivo.

⁵ Plumb a J. S. Barnes (México, noviembre 9 de 1871): *Plumb Papers*, VIII.

⁶ *El Siglo XIX*, mayo 15 de 1862; *The Two Republics* (México), septiembre 7 de 1867.

⁷ Plumb a F. Longchamp (Nueva York, julio 27 de 1864): *Plumb Papers*, VI. Véase además el artículo de Robert W. FRAZER, "Maximilian's propaganda activities in the United States, 1865-1866", en *The Hispanic American Historical Review*, 24 (1944), p. 6, nota.

⁸ Plumb al Hon. Charles Sumner (Nueva York, enero 3 de 1866): *Plumb Papers*, VII. (Sumner era presidente del Comité de Asuntos Extranjeros del Senado.)

⁹ Plumb a Sebastián Lerdo de Tejada (Washington, agosto 14 de 1866): *Plumb Papers*, VII.

¹⁰ Plumb a Benito Juárez (Nueva York, octubre 9 de 1865): *Plumb Papers*, VI.

¹¹ Plumb a Sebastián Lerdo de Tejada (Nueva York, febrero 21 de 1865): *Plumb Papers*, VI. Y véase el citado artículo de FRAZER, pp. 4-29.

¹² James S. Mackie a W. H. Seward (Nueva York, julio 9 de 1867): *Appointment Papers of Edward L. Plumb*, A. U. S.

¹³ Lewis D. Campbell al Presidente de los Estados Unidos [Andrew Jackson] (Hamilton, Ohio, noviembre 2 de 1866): *Appointment Papers of Edward L. Plumb*, A. U. S. También escribieron calurosas cartas de

recomendación para lograr el nombramiento de Plumb las siguientes personas: J. Edgar Thomson, presidente de la Pennsylvania Railroad Company, George S. Church, miembro del departamento editorial del *New York Herald*, y el general J. J. Reynolds, comandante del subdistrito de Rio Grande, división del departamento militar de Texas. En cambio, Sebastián Lerdo de Tejada, secretario mexicano de Relaciones Exteriores, expresó un parecer adverso, pues declaró que la oposición de Plumb en contra del Tratado Corwin-Doblado en 1863 lo haría persona poco grata como secretario de la legación de los Estados Unidos: Lerdo a Matías Romero (Chihuahua, agosto 2 de 1866), *apud* Matías ROMERO (ed.), *Correspondencia de la legación mexicana en Washington durante la Intervención extranjera*, México, 1870-1892, t. 6, p. 757.

¹⁴ Plumb a James S. Mackie (Brownsville, Texas, diciembre 10 de 1866): *Plumb Papers*, VII. Véanse también las siguientes obras: James MORTON CALLAHAN, *American foreign policy in Mexican relations*, Nueva York, 1932, pp. 328-329; Montgomery HYDE, *Mexican Empire: The history of Maximilian and Carlota of Mexico*, Londres, 1946, p. 244; Egon Caesar, Conte CORTI, *Maximiliano y Carlota*, trad. de Vicente Caridad, México, 1944, p. 575.

¹⁵ Véase J. M. CALLAHAN, *op. cit.*, pp. 278 y 331-332.

¹⁶ Plumb a Charles Sumner (México, octubre 29 de 1867): *Plumb Papers*, VII.

¹⁷ Plumb a Seward (marzo 12 de 1868), en *Despatches from Mexico* (mss.), XXXII, Department of State, A. U. S. Una afirmación análoga en cuanto a las dificultades financieras de la República Restaurada puede verse en la carta de Plumb al general Philip Sheridan (México, octubre 17 de 1867): *Plumb Papers*, VII.

¹⁸ Plumb a Seward (febrero 24 de 1868): *Despatches from Mexico*, XXXII, A. U. S.

¹⁹ Estas conclusiones se basan en un estudio de los despachos de Rosecrans como embajador en México: *Despatches from Mexico*, XXXV, A. U. S. Véanse también los *Appointment Papers of General William S. Rosecrans*, A. U. S.

²⁰ Plumb a Sebastián Lerdo de Tejada (Washington, mayo 3 de 1869): *Plumb Papers*, VII.

²¹ Plumb al general O. E. Babcock (Nueva York, julio 10 de 1871): *Appointment Papers of Edward L. Plumb*, A. U. S. (El general Babcock era secretario del presidente Grant.)

²² Sobre esta fase de la vida de Plumb véase nuestro artículo "Precursors of American investment in Mexican railroads", en *The Pacific Historical Review*, 21 (1952), 43-64, y nuestro libro *The life of Sebastián Lerdo de Tejada, 1823-1889: A study of influence and obscurity*, Austin, 1951 (The University of Texas Institute of Latin-American Studies, XII), pp. 203-204 y 208-211.

²³ Foster a Fish (junio 10 de 1875): *Despatches from Mexico*, LIV, A. U. S.

²⁴ R. T. Colburn a Plumb (Nueva York, diciembre 11 de 1882; dos cartas distintas): *Plumb Papers*, XIII. Véase también CALLAHAN, *op. cit.*, p. 491.

²⁵ John C. Hill a Plumb (Ciudad Porfirio Díaz, julio 16 de 1889): *Plumb Papers*, XIV. Gran número de comprobantes en que se autoriza el pago del sueldo de Plumb (416.66 dólares mensuales) y de otros gastos realizados por él en el manejo de los negocios de la compañía pueden encontrarse *ibid.*, XIII.

²⁶ Foster a Plumb (San Petersburgo, marzo 16 de 1881): *Plumb Papers*, XIII.

²⁷ Foster a Plumb (San Petersburgo, mayo 13 de 1881): *Plumb Papers*, XIII.

²⁸ U. S. Grant a Plumb (Nueva York, junio 22 de 1881): *Plumb Papers*, XIII. Sobre las conexiones de Grant con las empresas ferroviarias de México véase CALLAHAN, *op. cit.*, pp. 491-492.

²⁹ Véase nuestro citado artículo "Precursors of American investment...", pp. 46-47; y M. PAYNO, *Memoria sobre el ferrocarril de México a Veracruz*, México, 1868, p. 27.

³⁰ Gorsuch a Plumb (México, septiembre 3 de 1888): *Plumb Papers*, XIV.

³¹ Gorsuch a C. P. Huntington (México, septiembre 3 de 1888): *Plumb Papers*, XIV. Después de declarar su intención de retirarse, Gorsuch añadía: "Como he pasado lo mejor de mi vida, treinta y dos años, en este país, donde he formado las más estrechas relaciones sociales y profesionales, pienso quedarme aquí definitivamente."

³² Gorsuch a Plumb (México, junio 2 de 1889): *Plumb Papers*, XIV.

³³ Los comprobantes de pago de ambas compañías, fechados en 1888, se encuentran entre los *Plumb Papers*, XIV.